

Otro día más en la Tierra

Víctor Canalejas Tejero

Otro día más en la Tierra

Primera edición: julio de 2025

Copyright © 2025 Víctor Canalejas Tejero

Corrección y maquetación en Abrecomillas.com

Portada perpetrada, hilvanada y editada por el autor con la ayuda de
Noelia Herrero y con la colaboración de los artistas siguientes:

© agsandrew de Getty Images vía Canva.com

© Yuriy Bogdanov vía Canva.com

ISBN (versión en papel): 979-82-8992-075-1

Depósito legal: M-15626-2025

Ninguna parte del texto de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida de ningún modo ni por cualquier medio, ya
sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia
sin el permiso previo del autor.

Para contactar, escribe a victorcanalejas@abrecomillas.com

Todos los derechos reservados.

DEDICATORIAS

A Flor y Víctor, mis padres. Gracias por darme la vida y los genes necesarios para preguntarme tantas cosas que al final no me ha quedado más remedio que escribir esta obra y hacer este libro.

A Noelia. Gracias por los consejos y opiniones tras leer el primer borrador, me ayudaron a estructurar el libro y organizar las ideas que contiene muchísimo mejor de lo que hubiese sido capaz por mí mismo. Y gracias también por la ayuda durante la maquetación.

A Vicente Fuentes (habita en ufopolis.com y en YouTube, donde da voz a miles de personas cuyas vidas están marcadas por lo inexplicable), a José Luis Camacho (de mundodesconocido.es, y también en YouTube) y a todos los divulgadores de la revista Año/Cero en la etapa de Enrique de Vicente como director, etapa que seguí. Vaya mi reconocimiento y agradecimiento a su incansable labor de acercar el misterio y lo desconocido a la humanidad. Entre todos aportaron los mimbres de esta historia. Puedo estar en desacuerdo con ciertos enfoques que a veces les dan a los temas que abordan, aunque de eso se trata, de aprender a pensar por uno mismo, a tener sentido crítico y a abrir la mente ante las incógnitas para las que la ciencia no tiene, al menos por ahora, respuestas.

A ti y a cualquiera que sienta curiosidad por las cuestiones sin explicación que envuelven la existencia en la que habitamos,

tejemos, forjamos, deambulamos, abrazamos, vivimos, amamos y morimos.

INTRODUCCIÓN

Leonardo de Pisa, más conocido como Fibonacci, difundió y popularizó en Europa la secuencia que lleva su nombre. Esa serie de números proviene de un modelo matemático conocido hacía tiempo al menos en la India. La secuencia empieza con los dos primeros números, el 0 y el 1. Después, cada número se obtiene con la suma de los dos anteriores, es decir, el número que se genera y el que le precedía: 0, 1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55, 89, 144, 233, 377, 610...

Cero son las veces en las que pensé que escribir este libro no era apasionante. Una sola vez ha sido publicado este libro.

Dos son las versiones en las que este libro existe: en papel (mucho mejor para sumergirse de lleno) y en digital. Tres son los trazos de la letra griega pi (π) que tanta relevancia posee en las matemáticas, en la existencia y en este libro. En cinco acaba el año de la publicación de este libro. Ocho son los milímetros de sangría de primera línea de los párrafos que componen esta historia y también el tamaño de la fuente de los encabezados y de los números de página, todo en la versión en papel, claro.

Tampoco es coincidencia que este libro, en físico, mida 13,97 por 21,59 centímetros... Sí, 13 y 21, ahí están esos números especiales dando forma a esta historia que tienes entre manos. Además, 13 son los milímetros que separan los encabezados desde el borde superior de cada página, y 13 son las apariciones de π que rellenan algunas páginas en blanco entre capítulos (en papel).

El tamaño de fuente que enumera cada capítulo del libro es 34. La historia de este libro está dividida en 55 capítulos. El número

89 nos conecta con las ocho letras de Leonardo y las nueve de Fibonacci.

El 144 habita en los 1,44 centímetros de margen exterior que tocarás cada vez que pases una página del libro (solo si es en papel...). Asimismo, 144 es la cantidad de palabras que conforman el texto de la contraportada. Y 144 también es un número ligado a una de las mayores hazañas de mi vida en tiro con arco, el deporte que practico desde hace décadas. Un gran número, este 144.

Estos son solo algunos de los casos donde los números de la secuencia de Fibonacci impregnan con su esencia este libro, aunque no es un listado exhaustivo; hay más... Los números son las costuras de este libro y de la vida también.

Si has llegado leyendo hasta aquí, quizá te guste saber que esta es la obra de mayor volumen que he escrito hasta ahora, contiene unas 140 000 palabras, y es también a la que más tiempo he dedicado, más de diez años. Ese tiempo ha sido para escribir, leer, aprender, reflexionar, meditar y dar mil pinceladas. Lo bueno lleva su tiempo, ¡solo espero que este sea el caso!

En cuanto al libro en sí, el grueso de la historia recorre varias generaciones, con diferentes personajes repartidos a lo largo de unos 215 años que comparten un hilo común. Además, existen lapsos mucho más extensos al principio y al final.

En esta novela, que es la más ambiciosa que he escrito, el concepto central es la inmortalidad. O la vida en sí, según cómo quiera verse. El contorno de la historia es un futuro de evolución tecnológica y moral plausible en el que la expansión de la humanidad en el sistema solar funciona como motor de acontecimientos clave. Una vez que te subas a esta nave

espaciotemporal, solo me queda desearte buen viaje y buena vida.

Víctor

ÍNDICE

1	~5700 y 183 años antes de Srak (a. S.)
2	174 años a. S.
3	173 años a. S.
4	151 años a. S.
5	151 años a. S.
6	151 años a. S.
7	151 años a. S.
8	151 años a. S.
9	151 años a. S.
10	151 años a. S.
11	130 años a. S.
12	130 años a. S.
13	118 años a. S.
14	115 años a. S.
15	115 años a. S.
16	115 años a. S.
17	115 años a. S.
18	115 años a. S.
19	115 años a. S.
20	115 años a. S.
21	115 años a. S.
22	115 años a. S.
23	105 años a. S.
24	104 años a. S.
25	104 años a. S.
26	95 años a. S.
27	95 años a. S.
28	95 años a. S.

29	95 años a. S.
30	95 años a. S.
31	95 años a. S.
32	95 años a. S.
33	50 años a. S.
34	50 años a. S.
35	50 años a. S.
36	50 años a. S.
37	50 años a. S.
38	2 años a. S.
39	11 horas a. S.
40	11 horas a. S.
41	55 minutos a. S.
42	21 minutos a. S.
43	377 segundos a. S.
44	5 min.-15 horas después de Srak (d. S.)
45	21 horas d. S.
46	3 meses d. S.
47	3 meses d. S.
48	3 meses d. S.
49	8 meses d. S.
50	8 meses-12 años d. S.
51	23-33 años d. S.
52	33-4500 años d. S.
53	4500-5500 años d. S.
54	5500 años d. S.
55	5500 años d. S.

1

~5700 y 183 años antes de Srak (a. S.)

Cuarenta y cinco primaveras después de haber nacido en mitad de un prado increíblemente verde y florido, en un valle rodeado por bellas montañas nevadas, había recorrido la vida entre alegrías y tristezas, y ni él mismo sabría decir si más de unas que de otras. Había conocido cada recoveco de lo que significa estar vivo: la abundancia y el hambre, el amor y las desgracias, la alegría y el dolor.

Varios años atrás, ya se había visto demasiado viejo para acompañar a sus hijos y nietos al norte, donde había muchas tierras hermosas y ricas que esperaban ser pobladas. Prefirió quedarse en su vieja casa con el fin de vivir el tiempo que le quedara, con su vieja fragua como única compañera. Sus dolores le decían que no habría muchas más primaveras para él, y sus tatuajes sanadores ni siquiera funcionaban como le habían prometido; cada día los odiaba más.

Durante su larga vida había forjado amistades que, de vez en cuando, pasaban de visita, a llevarle provisiones o a intercambiar bienes. También había tenido tiempo de hacer enemigos,

razón por la que su viejo arco de caza y el nuevo que estaba fabricando siempre descansaban cerca de él.

Un día de invierno, ocupado en montar flechas nuevas, se paseaba por sus recuerdos tratando de recordar cada animal que había cazado hasta entonces. Solo los más grandes, por supuesto; si no, la tarea sería inabarcable. Su memoria arrojó una cifra aproximada de treinta y ocho decenas. Así es como acostumbra a contar: por decenas. Además de buena memoria, también tenía buena capacidad de cálculo, muy útil a la hora de comerciar y de combinar plantas para todo tipo de aplicaciones. De hecho, las plantas y los hongos secos para diferentes fines nunca faltaban en la bolsa que siempre llevaba consigo; no podía saberse cuándo serían necesarias.

Con una flecha recién terminada en sus agrietadas manos, su vista se perdió en la bruma del pasado y su mente inquieta efectuó un cálculo que jamás había hecho hasta aquel momento. El resultado fue de uno cada veintiocho, quizá veintinueve. Sí, no tuvo dudas al respecto del promedio. «Más o menos, una persona por cada tres decenas de grandes presas de caza», rumió y, por un instante, recordó cuánto le había vibrado el pecho cada vez que había matado a alguien.

En total, les había quitado la vida a trece hombres. En cada ocasión, les había disparado con su arco. A ocho de ellos los había rematado con un cuchillo de piedra. «Todos se lo merecían, sí, tod... Hum... No, dos no...», reflexionó, cabizbajo, mientras se rascaba con energía detrás de la oreja derecha y se palpaba con firmeza la nuca; siempre lo hacía cuando estaba intranquilo.

Prefirió no seguir pensando en aquello, lanzó insultos al aire, dejó la flecha nueva junto a las demás, se acercó al fuego para avivarlo y se calentó las manos.

Fuera estaba anocheciendo y arreciaba la nieve. No tardó en tumbarse, cubrirse de pieles, recordar una noche más a su familia y dormirse.

Poco antes del alba, la paz se quebró cuando la puerta fue aporreada con fuerza por alguien que gritaba con desesperación. Cuchillo en mano, con fuertes golpes del corazón dentro del pecho, abrió. Un hombre que estaba apoyado en la entrada se desplomó. El aire frío entraba y el vaho de su respiración acelerada se hacía visible. En alerta, miró afuera estremando la cautela y, después, a quien yacía en el suelo de su casa. Contó hasta tres flechas clavadas en la espalda. El herido solo alcanzó a decir que sentía no haber sido capaz de proteger a su mujer y a sus dos hijas. «Veníamos a visitarte, estábamos preocupados por ti. Tus nietas eran preciosas, padre», logró decir antes de exhalar.

Le tomó la cara con las dos manos, comprobó quién era y, cuando su grito de lamento cesó de retronar entre las paredes, salió a mirar el cielo y a oler el aire. Las nubes que ocultaban las cimas de las montañas anunciaban una posible nevada al atardecer. Con suerte, tendría tiempo antes de que las huellas sobre la nieve desaparecieran.

Jamás se había vestido y pertrechado tan rápido.

Sin dejar espacio al dolor, se sorprendió a sí mismo al darse cuenta de que era la primera vez en su vida que había cogido con él todas y cada una de las flechas que poseía. Arco, flechas, comida y una bolsa de hierbas. También su preciada hacha de cobre con mango de tejo, quizá su mayor tesoro; él mismo la había fabricado, como decenas de herramientas más de ese metal. Ya lo tenía todo. Sus achaques se esfumaron y salió a la carrera con fuego en los ojos.

Extenuado mucho antes de lo que esperaba, paró a beber agua en un riachuelo con más hielo que líquido. Mientras comía unas tajadas de carne seca de ciervo y unas bastas galletas de cereales, se percató no sin cierta sorpresa de que llevaba consigo el arco sin acabar, no el otro. Aquello no suponía ningún contratiempo, le importaba más la funcionalidad que la estética, así que no se preocupó.

Después de un esfuerzo abrumador y de breves descansos, la noche llegó. Era más clara que lo que esperaba; su vista y su puntería lo agradecieron.

Más tarde, un manto de estrellas iluminaba su cara ensangrentada. Respiraba aún mientras echaba cuentas. Ocho. Estaba seguro de que había matado a ocho. Eso hacía un total de veintiuno.

Su memoria se comportaba de manera inusual y le presentaba un resumen de su vida: una familia maravillosa, trece de cuyos miembros le constaba que vivían aún; treinta y ocho docenas de grandes animales que le habían permitido vivir a él y a sus seres queridos; veintiún hombres muertos por sus manos, la mayoría por sus flechas.

En el fondo, sabía que su vida había consistido en mucho más que esas cifras, si bien era lo que le mostraba la cabeza. Tras hacer balance, sentado contra una pared de hielo y envuelto por el silencio abrumador que habita en las más altas montañas, era consciente de que le llegaba su turno.

Estaba malherido en la mano y cerca del hombro, donde tenía clavada una flecha rota. La punta de piedra le causaba gran sufrimiento, sangraba con profusión y cada vez le costaba más respirar; mala señal. A eso le sumó el creciente dolor que le surgía de las costillas y de la cabeza, donde prefería no tocarse para no lamentarse más de lo necesario. «Vaya, qué final tan sombrío», caviló con inusual claridad dadas las condiciones en las que se encontraba, como si parte de él fuese un mero observador.

La sangre de varios hombres le manchaba la piel, las ropas, el cuchillo y una de las flechas que había recuperado del último al que mató. Aquella sangre demostraba que había vendido cara su vida. «Está bien haber hecho justicia», pensó, pero no había paz en aquel pensamiento, eso no, tan solo satisfacción con lo que había hecho durante sus últimos alientos.

Poco después, cuando caían los primeros copos de nieve, el vaho que le salía de la boca cesó. La nieve y el hielo se convirtieron en su tumba.

Unos cinco mil cuatrocientos años después, su cuerpo, momificado por un frío extremo, aún seguía allí, como un legado involuntario a la posteridad. Jamás imaginó cuánta fama le llegaría. Su nuevo nombre fue Ötzi, originado por el nombre del lugar en el que fue encontrado, los Alpes de Ötztal, a finales del siglo xx.

Considerado un tesoro genético libre de cualquier mutación originada por los efectos del progreso industrial humano, muchas de las familias más poderosas del mundo maniobraron para reclamar el cuerpo para ellos o, al menos, un pedazo de él, casi un siglo después de hallarlo congelado.

Emplearon sus restos con la esperanza de dar mayores garantías de supervivencia a su descendencia en un planeta impuro. Sin embargo, nunca hubo fuertes evidencias que demostrasen el éxito de aquel deseo, e ignoraron las advertencias que señalaban a una posible contaminación de cobre y arsénico proveniente de interminables horas ante una forja.

Para desesperación de los poseedores de grandes fortunas, riqueza que provenía generalmente del expolio planetario y de generar desigualdad, constataron que ni todo el dinero del mundo ni la ciencia del momento podían ayudarles a tener hijos sanos.

Aun así, hubo excepciones entre aquellas familias, como Yaro Owusu-Mframa.

Yaro era un niño afortunado: poseía una salud portentosa y vivía en la época en la que la contaminación generalizada de los ecosistemas comenzaba a remitir. Sería motivo de celebración si no fuera porque, tres décadas atrás, varias catástrofes tecnológicas y armamentísticas con efectos a escala planetaria habían segado la vida de más de mil millones de personas.

Como secuela indirecta, la Tierra pasó a tener la mayor proporción de superficie bajo los océanos en la historia de la humanidad; los mapas tuvieron que redibujarse y la mitad de la gente se vio obligada a migrar y a hacinarse de manera desmesurada para salvarse.

Las consecuencias se precipitaron en cascada para purgar responsabilidades y el punto de inflexión llegó: el poder político fue dismantelado en favor de algunas megacorporaciones, las naciones se difuminaron, los poderosos servicios de inteligencia fueron clausurados y las religiones mayoritarias fueron disueltas.

En paralelo, las catedrales, iglesias, conventos, mezquitas y sinagogas fueron reconvertidas. Primero en albergues y, después, en bibliotecas y centros sociales gestionados por la Iglesia del Cosmos, la única legal y cada día más popular. La inmensa mayoría de la población aprobó el uso de tales edificios históricos para esos fines y opinó que fue un cambio espléndido.

El panorama sociopolítico y económico mutaba a un ritmo vertiginoso mientras el planeta, herido aunque despreocupado por tales minucias humanas, seguía dando vueltas.

Despreocupados también, Yaro, Keiko y Johnny regresaban a pie del Colegio Número Ocho. Atravesar uno de los barrios nuevos del Sector 1 era muchísimo mejor que volver en el autobús, cuyo sistema de climatización llevaba estropeado unos días y era un horno.

—No aguanto al profe de Historia Moderna —se quejó Yaro.

—Buf, yo tampoco; me duermo en sus clases —rió Keiko mirando a Yaro. Ella siempre le miraba mucho, le fascinaba la piel tan oscura de su amigo.

—Y así sucedió el evento antropogénico catastrófico que dio lugar a la mayor oleada globaal de refugiados de toda la historiaaa y a la reestructuración del mundooo y bla, bla, blaaa... —La imitación del profesor por parte de Yaro estaba bastante conseguida.

—Es como todos esos mayores, ya sabéis... Siguen con el trauma por lo de hace treinta años —comentó Johnny con disgusto. A veces hablaba como si tuviera más edad—. Algunos no lo van a superar nunca...

—Ya ves... Menos mal que nuestros padres no son así —dijo Yaro antes de cambiar el tono de voz que empleaba cuando quería hacerse el interesante—. Me han dicho que el profe ha solicitado un pasaje a Marte y que se lo han denegado. Y que lo intentó también para la misión astrominera de Psique... Dicen que no aguanta más vivir en la Tierra.

—Ni nos aguanta a nosotros... —dijo ella, que bajó la voz y añadió—: También dicen que antes vivía fuera del Sector 1...

—¿En otro sector? —preguntó Yaro, alarmado.

—No, fuera, ya sabes...

—No es tan raro —afirmó Johnny—. Los asistentes que trabajan en mi casa también vivían fuera hace varios años. Por cierto, Yaro, ¿qué tal tu smith, le dura mucho la batería? Es una pasada que tus padres hayan podido comprar uno, no sabía que ICC iba tan bien. La fundó tu abuelo, ¿no? —disparó en cascada.

—Sí, mi abuelo Ben, aunque ahora la jefa es mi madre, ya sabéis... Y no, no hay problema con la batería; el smith se preocupa él solito de recargarse. Pero vamos, es algo torpe, solo ayuda a la asistente y al jardinero.

—La pregunta importante es: ¿te ayuda a hacer los deberes? —rio ella, divertida.

—Qué va, mis padres han capado esa opción... Tengo que aprender a configurar a ese androide pronto. ¿Sabes?, me veo pasando más tiempo con él que con mis padres. Casi no les veo el pelo, no paran de trabajar... —Johnny y Keiko rieron, y Yaro cambió de tema—: Vaya, mi clever dice que estamos a treinta y cuatro grados.

—Ah, pues bien, más fresco que ayer —asintió Johnny—. Igual mañana podemos volver en el bus.

—Mañana dan treinta y seis a esta hora.

—Buf, a ver si lo arreglan pronto —suspiró ella—. No me gusta este barrio, tan solitario...

—Es lo que tienen los barrios nuevos —soltó Johnny como si lo supiera todo de todo—. Pero oye, mira qué tranquilo, no se ve a nadie por la calle, apenas pasan coches ni *outrunners*... Solo se ve aquel coche aparcado.

—Ya, siempre está ahí —uno de los índices de Keiko lo señaló con timidez; estaba a unos cincuenta metros.

—Sí, nunca pasa nada, y siempre hay algún antigrav de la policía dando vueltas por ahí arriba —dijo Yaro alzando la vista en busca de alguno—. Me encantan los antigrav, me encanta verlos cuando pasan... De mayor me gustaría tener uno.

—Claro, y a mí me gustaría ir de público a *Otro día más en la Tierra* —rio Johnny—. Que los tenga la policía, vale. Pero el cielo lleno de coches... Mis padres dicen que es impensable, sería peligroso...

—Y habría atropellos de drones y de pájaros —rio Keiko.

—¿Pájaros? ¿Qué pájaros? —Johnny reía a carcajadas y contagió a los demás; hacía tiempo que no veían aves en el Sector 1.

—Anda, eso es nuevo —Yaro cambió de tema; señalaba un edificio en la otra acera.

—Parece otra sede de la Iglesia del Cosmos —supuso ella.

—Salen como setas —comentó Yaro—. ¿Sabíais que mis padres son cosmistas? De vez en cuando van a la iglesia del barrio, y yo...

—¿Acaso has visto un campo con setas alguna vez? —cortó Keiko bromeando. Las arruguitas que le enmarcaban los ojos rasgados y la cara sonriente llamaron la atención de Yaro, como siempre.

Él, sonriendo también, se limitó a hacer una mueca de circunstancia y se encogió de hombros.

—Sí, claro que ha visto un campo de setas... en el holodibujo de las cestitas de setas que le compra su smith —Johnny se cachondeó imitando el gesto refinado de ofrecer algo especial con las manos e hizo reír a los demás.

La risa de la niña se transformó en un sonido gutural ahogado; un hombre de grandes proporciones que había salido del coche la envolvía con uno de sus enormes brazos. Con tremenda brusquedad, zarandeó a Keiko mientras se acercaba al coche, abrió la puerta trasera y la arrojó dentro con violencia.

Los dos niños se quedaron de piedra por un momento, instante en el que un frío gélido les recorrió el interior. Reaccionaron gritando al aire, después le gritaron al hombre y acabaron chillando con desesperación el nombre de Keiko. Nadie los oyó.

Con desmesurada rudeza, el hombre se abalanzó contra Yaro y le atrapó. Unas enormes y fuertes manos le despegaron del suelo justo antes de ver a su amiga, aturdida, en el interior del coche. Después voló hacia ella y se golpeó la cabeza contra la puerta opuesta.

Dolorido, vio como Johnny arremetía contra el hombre. Johnny era rápido y demostró que los dos años de clases de artes marciales, a las que no le gustaba mucho ir, servían para propinarle al agresor una buena cantidad de patadas en las piernas, golpes que lo desestabilizaron.

Yaro logró abrir la puerta opuesta del coche y sacó a rastras a su amiga, que comenzaba a recobrarse.

—¡Corred! —gritó Johnny al ver a sus amigos al otro lado del coche—. ¡¡Corred!!

—¡Johnny! —chilló ella sin poder reprimir las lágrimas.

—¡Largaos de aquí, llamad a la po...!

Johnny desapareció de la vista de Yaro y Keiko tras encajar un tremendo manotazo en la cara de aquel desconocido.

—¡No! ¡Johnny! —aulló Yaro.

Aquella torre humana se dio la vuelta, los miró un segundo y se dirigió hacia ellos. Asustados, quisieron alejarse, pero el terror era como un bloque de cemento endurecido en las piernas. Keiko trastabilló y cayó. La mirada del agresor se clavó en la chica porque se había orinado. El hombre mostró media sonrisa, sus ojos relampaguearon, se lamió los labios y dijo:

—Ahora me gustas más.

Entre gritos de alarma, Yaro tiraba de su amiga para levantarla y alejarla de allí, pero solo consiguió caerse junto a ella.

De súbito, el hombre tropezó, cayó aparatosamente y golpeó el suelo con la cara.

No, no había tropezado. Johnny había atacado sus piernas y le había derribado. Siguió lanzándole patadas.

—¡Fuera de aquí, corred! —apremió—. ¡¡Vamos, vamos, vamos!! ¡¡¡Corred!!!

Cuando Yaro y Keiko se pusieron en pie, echaron a correr en dirección opuesta al coche. Con cada zancada se acentuaba el dolor que les recorría medio cuerpo. Mientras corrían por medio de la calzada, las lágrimas se desparramaban por toda la cara a causa de la velocidad.

No se atrevieron a mirar atrás y supusieron que Johnny venía detrás de ellos.

Supusieron mal.

Envueltos tan solo por el sonido de sus pisadas y de sus resuellos, echaron un vistazo atrás. El terror fue un palo entre las piernas de Yaro: tropezó y se cayó de bruces. Keiko, presa del pánico, chilló al verle y temió que el hombre los hubiera alcanzado, pero se equivocaba, solo estaban ellos dos.

Su sorpresa fue mayúscula, no creían que se hubiesen alejado tanto del coche. Sobrecogidos, y a pesar de la distancia, vieron con claridad como aquel hombre cargaba a Johnny sobre el hombro. Era como un saco del que colgaban brazos y piernas, inmóviles. A continuación, lo arrojó dentro del vehículo, cerró la puerta trasera, subió y arrancó el motor. Keiko y Yaro gritaron y

gritaron el nombre de su amigo. Temían que el hombre fuera a por ellos, pero no fue así.

Aquel coche se alejó y desapareció tras una esquina. La impotencia invadió a Yaro y Keiko, que hacían amagos de salir corriendo tras el coche, pero ya era tarde.

Un claxon sonó repetidamente tras ellos y les dio un susto gigantesco. Una mujer detuvo su coche al ver a dos niños en mitad de la calle y bajó la ventanilla para echarles la bronca, pero la infinita desolación que les colmaba la dejó muda. Unos minutos después, aterrizaron varios antigrafs en aquel lugar: eran varias ambulancias y la policía.

2

174 años a. S.

—Muchacho, ¿cómo es que un pipiolo como tú está en este puto secarral y no en Marte? —preguntó Antonia mientras se disponía a fijar el trípode del equipo de resonancia infrasónica de ICC en el suelo lunar. El habitual logotipo circular, similar al del yin yang, pero girado noventa grados, sin los dos pequeños círculos y del mismo verde que las antiguas pantallas de los osciloscopios analógicos, destacaba sobre el equipo.

—Voy a tener una niña dentro de dos meses. Bueno, mi mujer, no yo —aclaró Jeff. Antonia hizo un sonido que indicaba que lo entendía—. No quiero irme tan lejos.

—Tienes una buena razón, desde luego. Lo peor de la Luna es la puta rutina: monta el sensor, mide, desmonta el sensor, avanza cincuenta putos metros en el cuadrante y repite. Así cada media hora hasta completar diez puntos.

—Por lo que he visto hasta ahora, no parece que lo lleves mal a pesar del tiempo que llevas aquí.

—Este es mi octavo año. Dos más y me jubilo de una puta vez. ¿Sabes? Valoro más la estabilidad y las vistas a la Tierra que el dineral que puedes ganar en Marte, ¡y eso que allí ya puedes tener la comodidad de la fuerza de la gravedad terrestre! A ver si

aquí también instalan superficies antigrav... En fin, ya soy un vejstorio para aventuras espaciales en Marte; la Luna es suficiente para mí y debería de estar haciendo de abuelita ahí abajo.

—Yo no me quedaré tanto tiempo. Regresaré a casa en seis semanas, esto es algo temporal —Jeff carraspeó y añadió—: Oye, Antonia, ¿nunca has encontrado nada que merezca la pena por aquí?

—¿Aquí? ¿A qué coño te refieres?

—No sé, algún yacimiento, algo raro...

—¿Acaso sabes de alguna mina en la Luna? Si no llevara este casco, escupiría al suelo de mala gana... Esto es una buena mierda, aquí no hay nada, perdemos el tiempo. Pero ya sabes: los jefes quieren ir hasta el final con el maldito plan de prospecciones, por si acaso resulta que hay algo y no son ellos quienes lo han descubierto —dijo ella, asegurando el equipo sobre el trípode.

—Debe de ser eso, sí. ¿Sabes? Algunos de mis colegas de siempre que están en Marte currando en construcción y en terraformación. Dicen que no cambian por nada lo que hacen allí, que las técnicas de terraformación son tan flipantes que en pocos años se podrá habitar ese planeta o cualquier otro. No tienen familia en la Tierra, claro... Algunos trabajaron desmantelando Psique y bajando todo ese metal a la superficie.

—Debió ser la hostia todo aquello. Recuerdo haber visto algún reportaje y me pareció acojonante, no apto para cobardes.

—Así es. Y la fortuna que acumulan en sus cuentas es igual de acojonante —rio.

—Pues ya me irás contando las batallitas de tus colegas, que tenemos muchos ratos muertos por delante en este solar y seguro que merece la pena escucharlas.

—Claro, estaremos por aquí un tiempo y no hay bares cerca —rio—. Lo que no entiendo aún es por qué nos organizan por equipos de dos. El trabajo puede hacerlo uno solo, incluso un androide de nueva generación se bastaría por sí solo.

—Bueno, sus razones tendrán. Yo prefiero no hacerme preguntas así. Lo único que espero es que pase mucho tiempo antes de que esos mequetrefes que organizan estas operaciones y que ni siquiera saben a qué huele el polvo lunar nos sustituyan por androides. Si no lo han hecho todavía es porque nosotros salimos más baratos, tenlo por seguro. —Antonia se permitió reír brevemente ante su propio comentario.

—Oye, ¿no te preocupa hablar de esa manera de los jefes? —soltó él por lo bajo, no sin cierta aprensión—. Creo que todo queda grabado por los trajes: audio, vídeo...

—Bah... Si no tolerasen el hecho de que refunfuñemos de vez en cuando y que nos expresemos como nos salga de los huevos mientras hacemos un trabajo de mierda que ninguno de ellos prefiere hacer, creo que solo contratarían trabajadores mudos. ¿Te lo imaginas? Operarios espaciales mudos tratando de comunicarse mediante lenguaje de signos con estos guantes o intentando comunicarse con la Tierra... Las historias de superación, romper barreras y todo eso está muy bien, pero... joder, creo que todo tiene un límite. ¿Qué piensas tú?

—Que hablas tanto que me cuesta imaginar cómo sería un astronauta mudo —rio, contagiando a Antonia.

—Buena respuesta, chaval, no hay que perder el sentido del humor. Esto es aburrido, no tengas dudas. Pero aquí, al menos, no suceden las barbaridades que pasan últimamente en la Tierra. Por cierto, ¿cómo está el tema después de que los terroristas horadaran el muro del Sector 1? Parece mentira que algo así haya ocurrido y que tanta gente de los suburbios lograra entrar.

—Fatal, la gente sigue conmocionada. Esa marabunta arrasó con todo lo que encontró, hubo muchas víctimas.

—Menuda masacre, pobre gente...

—Sí. Después de eso, los servicios de seguridad no tuvieron miramientos; no hubo detenidos, ya sabes...

—Me da bastante rabia, y también mucha pena, que esa turba se cargase a los jefes, ¿sabes? —la mirada de Antonia se perdía en sus recuerdos.

—A mí también. Vamos a llevar estos crespones una semana por la presidenta de ICC, su marido y otros familiares que también acabaron malparados... —él se señalaba su crespón.

—O un mes... ¿Sabes?, una vez coincidí con los jefes: la señora Owusu-Mframa y su marido. Fue cuando visitaron el centro de formación de especialidades espaciales al que asistía. Me parecieron buena gente, es una pena lo que les ha pasado.

—Sí, una pena... Ahí abajo ya han formalizado el traspaso de poderes por linaje, lo habitual... El nuevo jefe apenas debe de tener pelos en los huevos —él se rio sin alegría de su propio chascarrillo; lo había soltado porque siempre le había costado mucho hablar de gente que ya no estaba viva.

—Alguno tendrá el chaval. He leído que tiene diecinueve años o así, podría ser mi nieto... Yaro, ¿no?

—Sí, así se llama. Con que no la cague como presidente ni hunda la empresa, me conformo. Necesito este trabajo.

—Eso espero también. —Ella hizo una pausa cuando comprobaba los anclajes del dispositivo y continuó—. Este tipo de cosas sirven para recordarnos que, en esta vida, no todo es dinero.

—Y que llegará un momento en que pierde sentido porque, por mucho dinero que tengas, no te servirá de nada.

—Algo muy sabio, chaval. La justicia final es igual para todos. —Ella se fijó en cómo Jeff retiraba los seguros físicos del equipo y activaba la secuencia de medida automática.

—Esto está caliente, Antonia. Toca alejarse a treinta metros.

—Sí, vamos, hay que cumplir con el puto protocolo de seguridad. Si algún día me echan que sea por llamarles a todos hijos de puta, no por saltarme las normas.

Antonia y su nuevo ayudante Jeff se alejaron unos treinta metros del equipo a un ritmo tranquilo, al compás de la gravedad lunar.

—Mi indicador aún no está en verde.

—Camina unos pasos más, Jeff. El sensor de proximidad está descalibrado.

—Entendido. A ver... Ah, ahora está en verde.

—Haz los honores y dispara tú. —Ella le cedió el control.

—De acuerdo, jefa. Allá va.

—Espera. Recuerda que debes registrar la acción, trata de hablar con voz clara.

—Ah, sí, gracias por recordármelo. Veamos... Cuadrante 987, sección gamma-charly-delta. Indicador en verde. Diagnóstico... todo en verde, bien. Inspección visual última: nada a la vista, también bien. Procedo al disparo, inicio autorización por pares. Antonia, ¿disparo autorizado?

—Soy la especialista lunar Antonia Lidenbrock. Proceso supervisado y en orden. Autorizo el disparo.

—Todo en orden. Realizo disparo —confirmó él pulsando el botón rojo del panel holográfico proyectado desde un emisor situado sobre el pecho.

El equipo de infrasonidos inició una secuencia estándar de trece segundos y disparó el pulso que atravesaría varios kilómetros de la corteza lunar. Poco después, los sensores del propio aparato recogerían la información devuelta por el subsuelo. Lo normal era que los datos no tuvieran utilidad alguna porque toda la corteza estudiada era de naturaleza rocosa y su composición mineral acostumbraba a ser de muy bajo interés. Por esa razón, a excepción de diversos centros de investigación y de un puñado de hoteles y casinos, nunca prosperaron los asentamientos.

El disparo infrasónico y sus ecos levantaron la habitual nube de polvo lunar que permanecería unas horas en suspen-

sión. A ella le encantaba atravesarla porque su trayectoria quedaba marcada como el túnel que produce un gusano en una manzana.

—Vamos a gusanear —proclamó ella.

—¿Vamos a qué...? —preguntó él, desconcertado.

—Lo verás ahora. Esta nube de polvo es como una manzana y, mientras vamos al corazón de la manzana, crearemos túneles en el polvo en suspens... ¡Hostia!

La voz de Antonia se cortó en seco cuando perdió pie y se hundió junto con Jeff y el equipo de infrasonidos de ICC. Un área circular de varias decenas de metros de diámetro estaba siendo tragada por la superficie lunar a cámara lenta. Ambos fueron vapuleados por escombros y pedruscos convertidos en cartón piedra por la gravedad lunar antes de impactar contra el fondo.

—¡Cagoenlaputa! —bramó ella cuando dejó de rodar por el suelo —¡Jeff, Jeff! ¡Dónde cojones estás, Jeff!

Sin respuesta alguna, el polvo levantado le impedía ver. Encendió todas las luces del traje espacial y trató de establecer contacto con la base. No obtuvo respuesta. Mientras buscaba sin cesar a su compañero, activó todos los diagnósticos de seguridad del traje. Pocos segundos después respiró aliviada al comprobar que solo había dos indicadores en naranja, ninguno de ellos importante. Sin embargo, se quedó helada por una de las peores señales que cualquier astronauta desea ver: a pocos metros había un leve soplido de aire que generaba una larga, suave, delgada y muy localizada turbulencia en el polvo en suspensión. Para ella, la causa estaba clara.

Se apresuró hacia el origen del soplido. Al llegar ya tenía en la mano un parche de sellado sin la lámina protectora. Con un movimiento decidido, firme y certero cerró la fuga del casco de Jeff. Después aplicó un pedazo de cinta y luz ultravioleta para que el adhesivo reaccionase con rapidez. A continuación, le revisó el traje y restableció las condiciones para la conservación de la vida.

A través del parche y la cinta, ambos confeccionados con materiales traslúcidos, observó que estaba desmayado y azul, quizá muerto. Mientras dudaba, él despertó y tomó con avidez una bocanada de aire, después una más, y otra más; sus pulmones se habían vaciado casi por completo. Al contrario que Antonia, todavía no era consciente de que había estado muy cerca de una despresurización irreversible y letal, y también de congelarse en segundos.

—¡Jeff! ¿Me oyes?

—Sí... Sí... —balbució, su lengua estaba casi congelada.

—Bien, chaval, te has librado por poco. Voy a sacarte de aquí, ¿entendido? Por ahora, no te muevas hasta que el traje te haya calentado y...

—Mi... Mi niña... —interrumpió él—. Quiero que... Quiero que... que se llame... Lu-Lucía... —resolló.

—Tú mismo firmarás el papel con su nombre, así que déjate de gilipolces y atiende —la vehemencia llenaba la voz de Antonia.

—De... de acuerdo... —respondió con dificultad.

—Esto es lo que vamos a hacer: aquí no hay señal, así que voy a salir de aquí para pedir ayuda. Como tardará un rato en llegar, será más rápido que te saque yo misma de aquí con una de las mochilas propulsoras del módulo. Cuando llegue la caballería, te encontrarán en el módulo, bajo unas mantas, con los pies pegados a la chimenea y tomando té con pastas, así que lo único que tienes que hacer es no moverte, ¿vale, chaval?

—Va-vale...

—Lo normal es que después te evacúen para hacerte un reconocimiento completo. Alégrate, porque con el bonus de compensación por accidente que te darán podrás comprar cosas muy bonitas para tu mujer y tu hija. —Ella acabó sus palabras con una sonrisa que no le llegó a los ojos. Acto seguido, se internó en la nube de polvo y desapareció.

Sin esperar a ver mejor, Antonia aprovechó la baja gravedad y sus años de experiencia para salir del enorme socavón mediante un conjunto de acrobacias y rebotes controlados que no estaban al alcance de cualquiera.

Sin dilación, adoptó una postura inclinada y ejecutó con presteza los movimientos estándar que permiten algo parecido a correr rápido en baja gravedad; sabía bien que no debía fiarse de ninguna reparación efectuada sobre un traje espacial para detener una fuga, y maldijo sin cesar debido a la lentitud del proceso hasta que logró contactar con la base.

Minutos después, alunizó junto a él gracias a un equipo de propulsión acoplado al traje. El empuje de las toberas iónicas ayudó a disipar el polvo que aún flotaba.

—La ayuda está en camino, Jeff. ¿Salimos de este puto agujero? —dijo ella mientras una sorpresa infinita invadía el rostro de su joven ayudante—. Creo que ahora podrás contar algunas batallitas sobre la Luna, alardear de aventuras espaciales y...

El asombro de Jeff no desaparecía; Antonia se extrañó y se preocupó. De pronto, él levantó el brazo y señaló justo detrás de ella: pese a los escombros que llenaban el lugar, era evidente que allí había una puerta, sobria y metálica, enmarcada en una estructura artificial que se adentraba en el terreno.

3

173 años a. S.

—¡Buenas noches! Un sábado más os damos la bienvenida a *Otro día más en la Tierra*. Tal como hemos anunciado a lo largo de esta semana, el programa de hoy marcará un antes y un después en nuestra concepción de la realidad. Os traemos en primicia un descubrimiento colosal que abrirá nuestra mente hasta cotas inimaginables. Os parecerá ciencia ficción, algo que podría achacarse a las locas teorías de charlatanes científicoides... Me temo que hoy se retorcerán en la tumba.

Después de varios cambios de cámara y de la música habitual, la emisión volvió a centrarse en el rostro ultramaquillado, el largo cabello rubio rizado y los impactantes ojos pigmentados de color lila de Maribel Glenn, estrella y presentadora del programa de más audiencia en el sistema solar.

—En el olvido jamás caerá nuestro invitado de hoy una vez que finalice este programa. Yo... Yo... —Maribel mostraba gran emoción—. No tengo palabras para describir lo que hoy descubriréis, así que solo os diré que aviséis a todos vuestros familiares y amigos para que se unan a esta emisión.

»*Otro día más en la Tierra* ha sido siempre un importante programa de actualidad, pero hoy... Hoy va a cobrar sentido pleno el hecho de que *Otro día más en la Tierra* sea el programa

más longevo y más visto. Sin más dilación, ¡demostramos la bienvenida con un gran aplauso a Yaro Owusu-Mframah!

Un joven apuesto, elegante y con barba de pocos días sobre su tez oscura entró en el plató ante la sorpresa del público presente, que se puso en pie y le dedicó un aplauso con el que expresaron con sinceridad su solidaridad y lástima por él.

—Muchas gracias, Maribel —agradeció con una gran sonrisa—. Estoy encantado de estar aquí, más aún cuando me habéis traído en un antigrav; menuda sorpresa, creía que aún no estaban disponibles para uso civil, ¡ahora voy a querer comprarme uno! —rió y contagió al público con su risa.

—Todo es poco para que te sientas como en tu casa —enfatizó ella con alegría antes de que su gesto se tornara triste y de dirigirse al público—. Yaro Owusu-Mframah. Muchos le conocéis debido a los trágicos sucesos del año pasado; aún se me eriza la piel al recordar el levantamiento antisistema que se tradujo en la entrada masiva de un gran número de terroristas en el Sector 1.

»Las consecuencias fueron desastrosas, hubo múltiples ataques encadenados que no fueron sofocados hasta dos días después. Cuarenta y ocho horas de ira salvaje. Aún lloramos la pérdida de valiosos ciudadanos que cayeron bajo la barbarie de quienes no aceptan vivir fuera de los sectores para mantener un equilibrio más necesario que nunca.

La anfitriona del programa hizo una pausa, dirigió la mirada a su invitado y le dijo:

—Aún lloramos la pérdida de grandes personas, como tus padres, Yaro.

—Agradezco de corazón tus palabras, Maribel. De verdad.

—Créeme, me habría encantado que no fueras el protagonista de esta entrevista porque querría decir que, en tu lugar, estaría hablando con tu madre, la anterior presidenta de la Infrasound Communications Corporation, y su marido.

—Vaya, ya casi no recordaba que ese es el nombre de mi propia compañía —dijo él con una sonrisa triste.

—Es cierto, todo el mundo se refiere a ella como ICC —replicó ella con una sonrisa.

—Respecto a mis padres, tienes toda la razón... Lo daría todo para no ser yo quien está sentado en esta butaca. Hoy debería de estar viendo este programa desde casa o desde bastidores, pero...

—Hizo una pausa para respirar hondo antes de continuar—: Pero hay que mirar siempre hacia delante sin olvidar de dónde venimos.

—Esas son grandes palabras —comentó la presentadora entre aplausos del público, mirándole con gran compasión, antes de volver a mirar a la cámara—. Con tan solo veinte años, Yaro es ahora el presidente de ICC.

»Muchos años han pasado ya desde la prohibición mundial de las juntas de accionistas en empresas y del cierre de la bolsa de valores. Nadie quiere volver al modelo que casi terminó con todos nosotros. Por ello, Yaro es el legítimo sucesor de la presidencia de la compañía que su familia levantó dos generaciones atrás. En sus inicios, ICC estuvo dedicada a las telecomunicaciones, aunque, con el tiempo, se ha ido diversificando.

Maribel miró a su invitado para darle la palabra.

—En efecto, ICC forma parte del intrincado entramado tecnológico que hace del mundo lo que es. Somos una pequeña compañía dentro de todo ese maremágnum, siempre aportando nuestro granito de arena...

—Hasta hoy —interrumpió ella, jovial—. Admiro tu modestia, Yaro, y espero que jamás cambie ese aspecto de ti después de este programa —añadió con el tono que solo sabe imprimir en sus palabras una profesora que se preocupa por sus alumnos—. ¡A cualquiera se le subiría la fama a la cabeza!

—Si fuese así, te doy permiso para bajarme los humos en caso de que regrese más veces a tu programa.

—¿Si regresas más veces? ¡Ten por seguro que lo harás! Será necesario para explicar qué es lo que ICC ha descubierto.

—Todavía no salgo de mi asombro, y eso que ya hace casi un año de aquello.

—¡Imagínate cómo estoy yo, que lo he sabido esta semana! —Los aspavientos de la presentadora acompañaban sus palabras y despertaban las carcajadas y la expectación del público.

—Lo sé, estaba contigo cuando viste la grabación. —Él reía mientras las risas del público aumentaban.

—¡Y nadie, ni siquiera tú, me había dicho ni una sola palabra acerca de lo que iba a ver! —Maribel, divertida, señaló con un dedo acusador a Yaro.

—¿Acaso hubiese sido igual de sorprendente si te hubiéramos advertido de qué es lo que venía?

—¡No, para nada! —reconoció ella—. Y así es como hemos decidido darlo a conocer, claro que sí. Porque no hay duda de que es necesario divulgar algo tan grande, ¡la humanidad tiene derecho a ello!

—En efecto, y antes de que se nos adelante alguien, preferimos ser nosotros los que demos la noticia. —Todo el mundo se desgañaba de la risa sin saber aún de qué hablaban.

—Bien visto, y es una suerte que ICC lo haga en esta casa. Bueno —dijo ella mirando a la cámara—, espero que todos estéis pegados a la pantalla, lo digo porque lo que viene ahora va a cambiar por completo lo que sabemos del mundo.

—Y del universo en sí.

—Por favor, Yaro: haz los honores y presenta la grabación de ese momento sin igual.

Él miró a una cámara que no era la buena, después a otra que tampoco lo era, hasta que acertó con la tercera; el público rio.

—A continuación, mostraremos la grabación automática efectuada hace seis meses por el traje espacial de Antonia Lidenbrock, veterana especialista en prospección lunar que, afortunadamente, trabaja en ICC.

—Conviene decir que los dos protagonistas de esta historia están sanos y salvos. ¡Que nadie se asuste demasiado! —manifestó con voz nerviosa.

—En efecto, y... ¡Oh! Por si alguien se lo pregunta: el audio del vídeo contiene cortes porque sabemos que este programa lo ven los más pequeños de la casa. —Sonrió y miró a Maribel.

—Sin más demora, dentro vídeo.

Una vez que acabó la emisión del material grabado en la Luna, la cámara enfocó el rostro de la presentadora, teñido de gran emoción y de tremenda sorpresa, casi la misma que la primera vez que vio el vídeo. El público estaba alborotado, todos expresaban asombro. Sin decir ni una palabra aún, dando tiempo al público para que asimilase los hechos, se llevó el índice al oído como si escuchara algo a través del pinganillo.

—Antes de entrar en el tema, tengo un mensaje de producción que me gustaría compartir con todos vosotros: en este momento, este programa de *Otro día más en la Tierra* se ha convertido en la producción audiovisual en directo más vista de la historia humana. —Exultante, ella comenzó a llorar y contagió a parte del público, ya de por sí sobrecogido y estupefacto—. Y ahora, junto con Yaro, hablaremos de este descubrimiento fascinante que va mucho más allá de lo mostrado en la grabación.

La presentadora miró a su invitado y esperó a que continuara. El semblante de ambos reflejaba seriedad, responsabilidad y trascendencia.

—Así es. Las expediciones de los últimos meses demuestran que nuestro satélite, la Luna, es una estructura enteramente artificial y parcialmente hueca.

Un gran revuelo recorrió la totalidad del público y una ola incommensurable de desconcierto y maravilla fluyó por todo el

sistema solar y brotó de cada pantalla encendida por cualquier ser humano. En aquel preciso momento, el mundo y la humanidad cambiaron para siempre.

4

151 años a. S.

A un lado de la puerta del gran despacho de Yaro Owusu-Mframa figuraba un letrero con tipografía elegante a la par que moderna, negra y brillante. «Presidente», mostraba la leyenda.

En su interior, sentado en su silla flotante, muy estable, silenciosa y cómoda, revisaba las cifras semanales en una pantalla interactiva holográfica. Desplegó en paralelo otra pantalla, la proyectó en la pantalla-pared izquierda porque le era más cómodo mirar hacia ese lado que hacia el derecho, y abrió la lista de donaciones anuales. Los beneficios y el superávit le permitirían aumentar las aportaciones anuales que firmaba con gusto y generosidad; era parte del legado moral de sus padres.

Duplicó las contribuciones destinadas a la beneficencia, habitualmente la única fuente de recursos de numerosas familias que habitaban el exterior de los sectores, y añadió diez millones más a los fondos para la educación.

Antes de cerrar la aplicación, lo pensó un poco más y subió hasta los seis millones las ayudas a la sostenibilidad y ampliación de las plataformas de algas, siempre insuficientes, y llegó hasta los cuatro millones para el Hospital Mundial de Huérfanos.

El día iba a ser uno de esos pocos al año en los que le costaba detener su frenesí de donaciones destinadas a causas que consideraba merecedoras de ellas. En el fondo disfrutaba con aquello, le hacía sentir bien.

ICC era una empresa famosa y boyante, y estaba contento porque era su cumpleaños: Yaro celebraba cuarenta y dos años. Además, las donaciones tranquilizaban su conciencia en cierta medida. La razón era que ICC fabricaba armas infrasónicas con las que se dotaba a las fuerzas de seguridad, y no pasaba un día en el que no fueran empleadas en los suburbios contra gente muy desfavorecida. Él lo sabía, aunque estaba acostumbrado a echar fuera esos pensamientos.

Sopesó las recientes noticias sobre Marte y escribió una nueva línea para destinar un millón para becas de formación en la Agencia Espacial Indojaponesa. «El futuro de la humanidad está en las estrellas», pensó como en muchas otras ocasiones. El nombre de aquella agencia era más bien honorífico, habría sido más adecuado algo como Agencia Espacial Internacional, si bien se mantenía la denominación original por deferencia con las naciones que evitaron la ruina de las antiguas agencias espaciales y las reflotaron.

Duplicó el medio millón que tenía pensado ceder a la Iglesia del Cosmos. No era especialmente creyente, pero sus padres sí lo habían sido y esa iglesia practicaba la austeridad real y la caridad con los más necesitados como únicos mandamientos. Buen conocedor de la historia reciente, tenía claro que jamás habría hecho nada semejante con ninguna de las viejas religiones. Con todo, siempre había tenido cierta simpatía por credos como el budismo, el taoísmo o el paganismo, cuya existencia todavía se toleraba.

La Iglesia del Cosmos, cuya esencia tenía profunda raíces en el conocimiento científico, aglutinaba más del noventa por ciento de las personas que poseían creencias religiosas o que practicaban la fe en cualesquiera de sus variantes. Además, a

Yaro siempre le pareció divertida la alta consideración del *Big Bang* en lugar de la adoración de seres irreales, absurda en su opinión, así como la instauración del santoral democrático.

Como si de una antigua tradición se tratase, el planeta entero votaba el nombramiento anual de un nuevo santo o santa. Todos los sábados por la noche, antes de comenzar *Otro día más en la Tierra*, se celebraba un evento con toda la parafernalia que suponía la presentación de los candidatos y sus posteriores avances o descartes gracias a la opinión y votos de la gente. San John Fitzgerald Kennedy, santa Norma Jean Marilyn Monroe o san John Ronald Reuel Tolkien eran solo algunos, aunque predominaban los nombres de mujeres y hombres de ciencia.

Como colofón a su ímpetu solidario, subió un millón más, hasta doce en total, los destinados a comprar equipamiento de choque y munición para el Grupo Internacional de Acción contra el Abuso Sexual Infantil, más conocido como GIAASI, aunque bien era verdad que el término *internacional* contaba con una connotación diferente de la original.

A Yaro le repugnaba la explotación sexual de niños, tan habitual en los suburbios de los sectores del mundo entero como la pobreza, la escasez de alimentos y todo tipo de penurias. Se combatía, en sentido literal, con comandos de operaciones especiales que entraban en acción después de estudiar los informes de investigadores sociales. Si las evidencias eran claras, se actuaba sin dilación, en silencio y con contundencia.

En un sistema en el que los centros penitenciarios eran residuales y las penas que imponía la ley solían ser multas, el exilio o el fin, los agentes de los comandos eran jueces y ejecutores.

El problema del trabajo infantil en los suburbios era otro cantar, imposible de atajar. La mano de obra era acaparada por la agricultura hidropónica, el cultivo de algas y las granjas de gusanos de coleópteros. Los menos desfavorecidos poseían frutales o cultivos de cereales, arroz, maíz, soja o patatas. Y los que goza-

ban de la mejor consideración a ojos de los habitantes de los sectores eran los bodegueros y, más aún, los productores cárnicos: las megagranjas de cría de monstruosos gigantes híbridos manipulados genéticamente siempre recibían subvenciones. Con todo, la cantidad de proteínas que aportaban estas granjas eran solo una pequeña fracción del total y lo normal es que un habitante de los suburbios viviese su vida sin ver nada de esa carne en su plato.

A pesar de que la superpoblación no era tan grave como tiempo atrás, el estado del planeta seguía siendo lamentable y muchos descendían de refugiados que se hacinaban en los suburbios de los sectores, megalópolis prósperas y exclusivas. Yaro detestaba todo aquello, pero, a excepción de las donaciones, era consciente de que no podía hacer nada.

La donación al GIAASI le recordó algo que llevaba haciendo años como si de una tradición se tratase. Manejando los iconos y funciones de su *cleverphone*, se aseguró de cerrar la puerta de su enorme despacho, activó la encriptación de llamada, pasó al modo de conversación denominado *Microimplante timpánico* y se conectó al suyo, cuyo nombre de usuario era *YaroCero233*. A continuación, llamó a la teniente Keiko Segina, del GIAASI.

—Buenas tardes, teniente. ¿Es buen momento para hablar?

—¡Hola, Yaro! Acabas de hacer una donación y por eso me llamas, ¿no es así? Me pillas bien. De hecho, iba a llamarte hoy mismo.

—Espero que para algo bueno, Keiko. Oh, perdona mi mala educación... Tengo un día bastante ocupado, acabo de comer y estaba terminando de hacer unas donaciones, en efecto... ¿Qué tal todo?

—Todo bien, ya sabes, *Otro día más en la Tierra*... —Tal latigui-
llo era muy común en todo tipo de conversaciones—. ¿Todo bien, Yaro?

—Bastante bien para ser lunes, no puedo quejarme. Me preguntaba si tienes novedades, y... Bueno, decías que pensabas llamarme. Sorpréndeme...

—Verás, se trata de los I-50 que comercializa ICC. Sí, Yaro: los I-50, ya sabes...

Él se tensó y abrió mucho los ojos. Cabizbajo, se rascó con fuerza detrás de la oreja derecha y se palpó con vigor la nuca. Después de un silencio momentáneo, habló.

—Entiendo... ¿Puedes decirme el código de placa del producto? —su propia voz le sorprendió; jamás había hablado con una voz tan seca, grave y áspera.

—Sí, ¿tienes para apuntar?

Yaro tomó un *write-it* reutilizable de tinta electrónica y su bolígrafo de Perry el Ornitorrinco, uno de los tres originales que quedaban en el mundo. Que la tinta estuviese agotada era, de hecho, una ventaja que lo hacía perfecto para el *write-it*. Su valor como objeto histórico de colección era astronómico, y el valor personal para él era incalculable porque le traía muy buenos recuerdos de su infancia: cuando era pequeño, veía una y otra vez aquella serie clásica y anticuada de dibujos animados con sus padres.

—Dime, Keiko. Te escucho.

—MM. Guion. M3 punto 7, S. M14 punto 3, E. T13 punto 12, S.

—Lo tengo. Esto... ¿Dices que... que es de la serie MM?

—MM, Yaro. MM. *Mike-Mike*.

—Bien, MM. No hay problema.

—Repíteme el código, para confirmar.

—Veamos... MM. Guion. M3 punto 7, S. M14 punto 3, E. T13 punto 12, S.

—Correcto.

—¿Cuándo...?

—Habría que examinar el «equipo» esta misma tarde. Nos corre algo de prisa. ¿Podrías enviar al «técnico» a las cuatro?

Él comprobó la hora: era la una y media.

—De acuerdo, Keiko, a las cuatro está bien.

—Otros asuntos me reclaman, Yaro, ya hablaremos. Oh, por cierto, tenemos el taller algo sucio: sería conveniente que el «técnico» se trajese ropa adecuada.

—Lo apunto. Adiós, Keiko, y gracias.

—A ti, y... Siento que estas cosas tengan que ser hoy, ya sabes... Feliz cumpleaños.

—Ah, sí... Gracias —su voz no reflejaba entusiasmo alguno. A continuación, ambos colgaron.

«Vaya, vaya...», decía él por lo bajo, mirándose las palmas de las manos mientras las abría y las cerraba. Les recorría un leve temblor que no se fue hasta unos minutos después, pero su vista, en realidad, no se fijaba en ellas, sino que miraba algo mucho más allá en la distancia y en el tiempo.

Un rato después, cuando su atención regresó al presente, se fijó en lo escrito en el *write-it*. Aparentaba ser el código de la placa identificativa de un equipo I-50, el formato coincidía, pero no lo era. Se trataba de otro asunto y tenía la clave. No era casual: el sistema había sido idea suya para el improbable caso de que ese día llegara. Y había llegado.

ACERCA DEL AUTOR

Víctor Canalejas Tejero (Madrid, 1979) existe materialmente en este universo tridimensional y habita, más o menos, dentro de la Vía Láctea, en concreto en el tercer planeta de una estrella mediana a la que la especie a la que pertenece se atreve a llamarla Sol.

Es químico por la UAM (2006), a lo que añadió un doctorado *cum laude* (2016) y un posdoctorado (2019) en nanotecnología y biosensores en la UPM. Entre 2021 y 2022, se formó como corrector profesional de textos en español en Trágora, en Unión de Correctores y, sobre todo, en el posgrado en Corrección y Asesoramiento Lingüístico de la URV. Ofrece servicios de calidad relacionados con la corrección profesional de textos en español, la redacción o también la posesición, entre otros, a través de abrecomillas.com.

En paralelo a su perfil científico, también le atraen los fenómenos misteriosos y de difícil explicación que suponen un reto a la ciencia. Por ello, gusta de escribir ciencia ficción, fantasía, terror y humor desde 2010. Además de haber autopublicado o «crowdfundado» alguna novela y antología, disfruta participando en certámenes de relato corto y ha ganado varios de ciencia ficción (Zona eReader, 2020 y 2022; Asociación Catalana de Comunicación Científica, 2020). Asimismo, en 2025 publicó un relato titulado *21 segundos* en la convocatoria T. Errores: Las metamorfosis (2024), de Dentro del Monolito. También en 2025, publicó la antología de relatos cortos *40 cucharadas de humor para mentes inquietas*. Y es autor de *Una historia epiquísima (pero real, ¿eh?)*.

Por último, desde 1999 practica el tiro con arco, ha sido varias veces campeón de España en arco compuesto, plusmarquista nacional, arquero 1400 y más de veinte veces internacional, ya sea con la selección española, hasta 2019, o con la selección suiza, después.